

Herodes la nueva que venian á anunciar á Jerusalem; este extranjero por sus artificios habia llegado á sentarse sobre el trono de David, pero no gozaba tan pacíficamente del fruto de su usurpacion que no estuviese continuamente temiendo que viniere algun heredero de la sangre de los reyes de Judá á arrojarle de la herencia de sus padres y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Con qué gusto, pues, podia mirar á unos hombres que venian á declarar en medio de Jerusalem que habia nacido el Rey de los judíos, y á declararlo á un pueblo tan celoso de la sangre de David y tan impaciente con todo dominio extranjero? No obstante, los Magos nada ocultan de cuanto vieron en Oriente, ni templan este gran suceso con expresiones menos propias para despertar los celos de Herodes; podian llamar al Mesías que buscaban, el enviado del cielo ó el deseado de las naciones; podian distinguirlo con títulos menos odiosos á la ambicion de Herodes; pero llenos de la verdad que se les manifestó, no conocen estas tímidas evasiones, estaban persuadidos á que los que no quieren recibir la verdad sino con el favor de sus errores, no son dignos de conocerla; no saben cubrirla con respetos y disfraces indignos de ella, y preguntan sin rodeos: ¿dónde está el nuevo Rey de los Judíos? y no contentos con mirarle como dueño de la Judea, declaran que aun el cielo le pertenece, que son suyos los astros y que solo se manifiestan en el firmamento para ejecutar sus órdenes: *Vidimus enim, etc.*

Al contrario los sacerdotes y doctores, obligados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas; procuran unir el respeto que deben á la verdad, con la condescendencia que quieren conservar con Herodes; suprimen el título de rey que acaban los Magos de dar al Mesías y que tantas veces le habian da-

do los profetas; se le demuestran por una cualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina ó de poder; le anuncian mas como á legislador establecido para arreglar las costumbres, que como Soberano suscitado para librar á su pueblo de la esclavitud: *Ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel.*¹ Y aunque ellos mismos esperaban un Mesías rey y conquistador, suavizan la verdad que quieren anunciar, y acaban de cegar á Herodes, á quien lisonjean.

¡Deplorable suerte de los grandes! Los labios de los sacerdotes se debilitan cuando los hablan; luego que se manifiestan sus pasiones se les trata con cautela; la verdad nunca se les presenta sino con dos caras, de las cuales la una siempre es favorable; no quieren los sacerdotes hacer traicion á cara descubierta á su ministerio y á los intereses de la verdad, pero quieren conciliarlos con sus propios intereses; intentan salvar la regla y sus pasiones, como si pudieran subsistir las pasiones con la regla que las condena; rara vez sucede que los grandes se instruyan, porque rara vez sucede que al tiempo de instruirlos no se intente agradarlos; con todo eso, los mas amarian la verdad si la conocieran: las pasiones y los excesos de la edad favorecidos de los deleites que los cercan, pueden detenerlos; pero el fondo de religion que tienen les hace que respeten siempre á la verdad; puede decirse que la ignorancia condena mas príncipes y grandes, que personas de mas baja esfera, y que la vil condescendencia que con ellos se usa, deshonra mas el ministerio y ocasiona mas oprobios á la religion, que los mayores escándalos que afligen la Iglesia.

La conducta de estos sacerdotes os parecerá indigna, ca-

¹ Matth. 2. v. 6.

tólicos; pero si quereis juzgaros á vosotros mismos y examinar menudamente vuestras obligaciones, vuestras conexiones y vuestras conversaciones, vereis que todos vuestros discursos y todos vuestros pasos no son mas que mitigaciones de la verdad y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes teneis que vivir; nunca les manifestamos la verdad sino por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aun en sus mas deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza.

Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria y del deseo de conseguirla, como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes; lisonjamos su soberbia, encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisonjeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginacion representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente: acaso alguna vez nos compadecemos en general de los hombres, que tanto se agitan por unas cosas que distribuye la casualidad y que mañana nos quitará la muerte; pero no nos atrevemos á reprender al insensato que sacrifica á este humo su sosiego, su vida y su conciencia: en presencia de un vengativo justificamos su sentimiento y su cólera, le minoramos su delito autorizando la justicia de sus quejas, lisonjamos su pasion exagerando la maldad de su enemigo; solemos atrevernos á decir que es preciso perdonar, pero no nos atrevemos á añadir que el primer grado del perdon es no hablar de la injuria recibida.

En presencia de un cortesano mal contento con su fortuna y envidioso de la de otros, le manifestamos sus concurrentes bajo aquel aspecto que les es menos favorable;

ocultamos con destreza su mérito y su gloria para que no se ofenda la vista del que nos escucha; minoramos y oscurecemos el resplandor de sus talentos y servicios, y con nuestras injustas condescendencias agriamos la pasion, le ayudamos á cegarse y á mirar todos los honores que se distribuyen á sus prójimos, como usurpaciones hechas á él. ¡Pues en la presencia de un pródigo! Sus profusiones no son en nuestra boca mas que una señal de generosidad y magnificencia. En la presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son mas que una sábia moderacion y una economía doméstica. En la presencia de un grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre en nosotros dispuestas las apologías; respétanse sus pasiones como su autoridad, y sus preocupaciones se hacen nuestras. Finalmente, tomamos los errores de todos aquellos con quienes vivimos, nos trasformamos en ellos, nuestro mayor estudio consiste en conocer sus flaquezas para apropiárnoslas, no tenemos idioma propio, hablamos siempre el lenguaje de los otros; nuestros discursos no son mas que una repeticion de sus preocupaciones, y á este indigno abatimiento de la verdad llamamos ciencia del mundo y prudencia que sabe gobernarse, y el grande arte de conseguir y agradar. *¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo amareis la vanidad y la mentira!*¹

De este modo, católicos, perpetuamos el error entre los hombres, autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reino del mundo y su doctrina contra el de Jesucristo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad. De las obligaciones y

¹ Psalm. 4. v. 3.

cortesías de la vida civil, establecidas para animarnos á la virtud, formamos lazos y ocasiones inevitables de ruina; mudamos la amistad que debiera ser el remedio de nuestros errores y desórdenes, en un comercio de disfraz y seducción: en una palabra, haciendo de este modo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridícula; y cuando digo hacemos, hablo principalmente con aquellas almas entregadas á Dios y que están encargadas en la tierra de los intereses de la verdad.

Quisiera, católicos, que las almas fieles usasen en el mundo de distinto lenguaje, que se hallasen en ellas otras máximas, otros pensamientos distintos de los de los demás hombres, y que mientras todos hablan el idioma de las pasiones, ellas solas hablasen el de la verdad; quisiera que ya que el mundo tiene sus *Balaanes*, que con sus discursos y consejos autorizan el desorden y la libertad, tuviese también la piedad sus *Finees*, que abiertamente se declarasen por los intereses de la ley de Dios y de la santidad de sus máximas; que ya que el mundo tiene sus impíos y sus falsos sábios, que se glorían de publicar que se debe gozar de lo presente, y que el fin del hombre no es distinto del de las bestias, la piedad tuviese sus Salomones, que desengañados con su propia experiencia, se atreviesen á publicar altamente que fuera del temor del Señor y la obediencia á sus preceptos, todo lo demás es vanidad; que ya que el mundo tiene sus encantadores que engañan á los pueblos y á los reyes con sus adulaciones y prestigios, tuviese la piedad sus Moisés y Aarones, que tuviesen valor para confundir con la fuerza de la verdad sus artificios é imposturas: en una palabra, que ya que el mundo tiene sus sacerdotes y doctores que debilitan la verdad, como los del presente Evangelio, tuviese la piedad sus Magos, que no temiesen el anunciarla,

aun delante de aquellos á quienes no puede menos de desagradar.

No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las preocupaciones de los hombres, solamente por atraerlos con mas seguridad á la regla y á la obligacion: bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y temerarios, que las pasiones de los hombres piden ciertas condescendencias y respetos, que son enfermos á quienes muchas veces es preciso disfrazar y suavizar los remedios, y casi siempre curarlos sin que lo conozcan; bien sé que todos los rodeos que no se dirigen mas que á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla mas segura del cielo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta cuando se la debilita con condescendencias indignas y lisonjeras; se quiere agradar, no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad y queremos granjearnos los votos que solo á ella se deben: ni basta el responder que los justos que se precian de no poder hacer traicion á la verdad, tienen por lo comun mas autoridad y ostentacion que caridad. El mundo siempre falso, cuyos comercios y conexiones caminan siempre sobre el disimulo y artificio, que funda en esto su honor y su ciencia y que no conoce esta noble rectitud, no puede suponerla en los demás; su profunda corrupcion es quien le hace sospechosa la sinceridad y el valor de los justos; su proceder le parece temerario, porque para él es nuevo; y como advierte en él algo de extraordinario, mas quiere persuadirse á que es soberbia ó extravagancia, que virtud.

Y de aquí proviene el que no solo se disfraza la verdad, sino que públicamente se le hace traicion. El último disimulo de los sacerdotes de nuestro Evangelio es un disimu-

lo de mentira; no se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disfrazados, sino que viendo que los Magos no volvian de Jerusalem como lo habian prometido, añaden, sin duda por sosegar á Herodes, que avergonzados de no haber hallado al nuevo rey que buscaban, no se han atrevido á parecer; que son unos extranjeros poco versados en la ciencia de la ley y de los profetas y que la luz del cielo á quien decian seguir, no era mas que una ilusion vulgar y una preocupacion supersticiosa de una nacion bárbara y crédula; y á la verdad, era preciso que ellos hablasen á Herodes de este modo, pues su modo de proceder fué consiguiiente, y no van á Belen á buscar al nuevo rey recién nacido, como para acabar de persuadir con esto á Herodes que en la pesquisa supersticiosa de estos Magos, habia mas de credulidad que de verdad.

Y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres y de querer agradarlos á costa de la verdad; por último la abandonamos á las claras, la sacrificamos con cobardía y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna y á nuestra gloria; hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion y á nuestras luces; por eso luego que la verdad nos incomoda, nos expone, nos daña ó nos hace molestos, la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion y á la injusticia; negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discípulos; de este modo nos formamos un corazón cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira útil; un corazón lleno de doblez y artificio, que toma todas las medidas sin tener jamás ninguna fija; un corazón flaco y lisonjero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inútil y desgraciada; un corazón corrompido é interesado que hace servir á sus fines la religion, la verdad, la justicia

y cuanto hay de mas sagrado entre los hombres: en una palabra, un corazón capaz de todo, menos de ser verdadero, generoso y sincero. Y no os parezca que son raros en el mundo los pecadores de este carácter; en estos defectos solo huimos la publicidad y la vergüenza: las maldades seguras y ocultas hallan pocos corazones escrupulosos, y las mas veces no amamos en la verdad mas que la reputacion y la gloria.

Solamente debemos cuidar de que cuando intentamos defender los intereses de la verdad no defendamos las ilusiones de nuestro propio espíritu. La soberbia, la ignorancia, la porfía dan todos los días al error unos defensores tan intrépidos y obstinados como aquellos de que se gloria la fe. La sola verdad digna de nuestro amor, de nuestro celo y de nuestro valor, es la que nos manifiesta la Iglesia; solo por ella es por quien debemos sufrirlo todo, sin ella no somos mas que los mártires de nuestra obstinacion y de nuestra vanidad.

¡Oh Dios mio! Derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra; haced que yo no viva mas que para glorificar vuestras verdades eternas, para honrarlas con la santidad de mis costumbres, para defenderlas por solo el celo de vuestros intereses, y para oponerlas continuamente al error y á la vanidad. Destruid en mi corazón estos temores humanos, esta prudencia de la carne que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que yo sea una débil caña, fácil de mover á todos vientos, ni que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad, como el mas honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y como la mas gloriosa se-

ñal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.*¹ A la verdad, señores, no basta ser su testigo y depositario; es necesario tambien ser su defensor; carácter opuesto al de Herodes que hoy es su enemigo y perseguidor. Ultima instruccion que nos da nuestro Evangelio: *La verdad perseguida.*

PARTE TERCERA.

Si es delito el resistir á la verdad cuando ella nos ilustra, el retenerla injustamente cuando somos deudores de ella á los demás, es lo último de la iniquidad, y el combatirla y perseguirla es la mas segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa mas comun que esta persecucion de la verdad, y el impío Herodes, que hoy se declara contra ella, tiene mas secuaces de lo que parece.

Porque primeramente, la persigue con el público desvío que manifiesta de la verdad, llevando tras de sí á toda Jerusalem con su ejemplo: *Turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo.*² Que es lo que llamo *persecucion de escándalo.* En segundo lugar, la persigue procurando corromper á los sacerdotes, y aun poniendo emboscadas á la piedad de los Magos: *Clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis;*³ y á esto llamo *persecucion de seduccion.* Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente: *Et mittens occidit omnes pueros;*⁴ y á esto llamo *persecucion de fuerza y de violencia.* Si la brevedad de un discurso me permitiera, cató-

¹ Psalm. 118, v. 43.

² Matth. 2, v. 3.

³ Ibid. v. 7.

⁴ Ibid. v. 16.

licos, el examinar estos tres géneros de persecuciones de la verdad, acaso no habria ninguno en que no os halláseis culpables.

Porque primeramente, ¿quién puede preciarse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escándalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa y del libertinaje sin tener casi respeto alguno al público: los escándalos mas ruidosos no son siempre los mas temibles; y el desorden manifiesto cuando llega á cierto punto, las mas veces nos adquiere mas censores de nuestra conducta que imitadores de nuestros excesos. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprochable á los ojos del mundo, sino que tambien se granjea la estimacion y alabanza de los hombres: y digo que éstos persiguen á la verdad con solo su ejemplo, que aniquilan, en cuanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio y las reglas de la verdad; que gritan á todos los hombres que el huir de los deleites es una precaucion inútil. Que el amor del mundo y el de la virtud no son incompatibles. Que el gusto de los espectáculos, del bien parecer, de las diversiones públicas, es un gusto inocente, y que se puede vivir bien viviendo como lo restante del mundo: esta regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, y tanto mas peligrosa, cuanto está mas autorizada; nada tiene de odioso, nadie se guarda de ella; acomete á la verdad sin violencia y sin efusion de sangre, bajo la imágen de paz y de sociedad, y hace que sean mas los desertores de la verdad, que hicieron en otro tiempo los tiranos y suplicios.

Hablo tambien de aquellos justos que no cumplen ente-